

**ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA MASCULINIZACIÓN
DE LA LENGUA BÚLGARA EN TIEMPOS DE PLENA
EMANCIPACIÓN FEMENINA**

Tatyana Ivanova
Universidad de Economía Nacional y Mundial, Sofía

**SOME OBSERVATIONS ON THE MASCULINIZATION OF THE
BULGARIAN LANGUAGE IN THE HEIGHT OF WOMEN'S
EMANCIPATION**

Tatyana Ivanova
University of National and World Economy at Sofia

The present research paper delineates some problems of masculinization – a common phenomenon for over more than twenty years – in the Bulgarian language and its collision with women's emancipation in society. The work is based on statements on the topic by some eminent Bulgarian scholars. We will also try to make a brief summery of the main reasons that have conditioned the dissemination of this phenomenon.

Key words: discrimination, emancipation, masculine and feminine gender, word formation, language intuition, professions, posts and titles in Bulgarian

A lo largo de los años mucho se ha escrito y aún más se ha dicho sobre la discriminación de la mujer. Un sinnúmero de organizaciones feministas y personajes públicos siguen luchando hasta hoy en día por lograr la igualdad de la mujer tanto en la familia como en el mundo laboral y en la sociedad en general. A pesar de que, hasta la fecha, se ha logrado bastante en este sentido, aún queda mucho por hacer. Si bien en la actualidad las mujeres tienen acceso a la educación primaria, secundaria y universitaria, el derecho de votar, la oportunidad de presentarse a entrevistas de trabajo y oposiciones, de ocupar cargos prestigiosos y tener una carrera fructífera, exitosa y reconocida por la sociedad, y si bien el número de mujeres en el mercado laboral ha aumentado considerablemente en las últimas décadas, en pleno siglo XXI seguimos siendo testigos de

diferentes tipos de discriminación sexista entre los que podríamos destacar los siguientes:

- la violencia de género;
- no ofrecer a la mujer un puesto de trabajo de acuerdo con sus estudios, calificación profesional y habilidades;
- pagar a una mujer menos de lo que cobraría un hombre en el mismo cargo y por el mismo trabajo;
- contratar a mujeres no sin antes haberse cerciorado de que la candidata en cuestión no tiene planes de formar una familia y tener hijos en un futuro próximo;
- despedir a una mujer por estar embarazada o por verse obligada a coger la baja por enfermedad de un hijo menor;
- restringir la participación de las mujeres en el mundo de los negocios y la política y, sobre todo, su acceso a los cargos más altos y de mayor responsabilidad y prestigio;
- insistir en presentar a la mujer como objeto sexual, fenómeno que se da con la participación activa de los medios de comunicación.

Teniendo en cuenta todos estos hechos, podemos concluir que la emancipación femenina es un proceso largo, complejo, difícil e inacabado. Las mujeres, en particular, y las organizaciones feministas, en general, utilizan una gran variedad de armas en su lucha por la igualdad de género. Entre dichas armas se hallan algunas sumamente peculiares y poco apropiadas, verbigracia, las protestas desnudas que de vez en cuando organizan feministas de distintas partes del mundo con el fin de exigir respeto a la mujer, y lo que hacen en realidad es desprestigiar, denigrar y humillar su imagen. Por otro lado, tenemos el buen ejemplo de mujeres como las escritoras Isabel Allende y Elizabeth Gilbert o las actrices Meryl Streep y Susan Sarandon que defienden los derechos de la mujer con inteligencia, don de la palabra, esfuerzo, dedicación, perseverancia y espíritu luchador predicando con el ejemplo e inculcando a las jóvenes que el respeto hay que merecerlo estudiando con aplicación, trabajando duro, superándose constantemente, demostrando a diario las capacidades que una posee sin rendirse nunca ante las vicisitudes.

En el mundo hispanohablante, una de las armas usadas en esta incesante batalla es la lengua, a saber, la creciente feminización del idioma español. Las organizaciones feministas en España vienen abogando desde hace años por lo que suelen llamar *visibilidad* de la mujer en la lengua, llegando a veces a casos extremos, entre ellos, insistir en la creación artificial del género femenino de palabras que no lo tienen, o *visibilizar* la presencia de la mujer mediante el desdoblamiento de los géneros tipo “los empleados y las

empleadas” en vez de ampararse en el uso no marcado del masculino en español y decir simplemente “los empleados”, ya que el género masculino comprende el femenino y esta característica suya está profundamente arraigada tanto en la gramática española como en la conciencia del hispanohablante, o sea, ninguna mujer hispanohablante común y corriente (aquí no hablamos de las feministas) se sentiría excluida o despreciada en casos como el que acabamos de mencionar. En cuanto a América Latina, en algunos países el uso del género femenino es obligatorio.

Este fenómeno es completamente opuesto al que podemos contemplar en la lengua búlgara, a saber, la masculinización que se está apoderando de nuestro idioma. Si bien en el búlgaro existe un sinnúmero de palabras que tienen tanto género masculino como femenino, cada vez con más frecuencia se emplea el género masculino cuando se hace referencia a una mujer. La lengua hablada aún se está resistiendo a tal despropósito (aunque hay que reconocer que ya lo hace a duras penas), pero el habla formal y los medios de comunicación abusan de él diariamente. En este caso, igual que en el de la feminización del español, también se está llegando a extremos de los que hablaremos más adelante.

En su artículo *„Езикът като отражение на дискриминацията и основание за дискриминация”* (La lengua como reflejo de la discriminación y motivo para discriminación) (Páchkova 2009) Petya Páchkova afirma que para los hombres es característica “la lógica de permitir la emancipación hasta el punto en que esta es necesaria para el desarrollo económico, pero, si pueden, la restringen en la esfera de la producción y aún más en la familia”. Según la autora, esto se debe a varios factores entre los que destacan “la desgana de la mayoría de los representantes del llamado “sexo fuerte” de privarse de una serie de recursos de poder, de su posición dominante en la esfera del empleo, de su posición privilegiada en la esfera de la vida familiar y la crianza de los hijos”, etc.

Páchkova añade que la emancipación de la mujer conlleva la emancipación del hombre (Páchkova 2009), es decir, en la época en la que la mujer goza de numerosas libertades que le permiten ser dueña de su vida, tomar sus propias decisiones, estudiar, superarse, trabajar, ganar dinero suficiente para mantenerse sola o ser madre soltera y criar a sus hijos sin la ayuda de nadie, elegir a un hombre que gane menos que ella, proponer matrimonio a su novio, no cambiar de apellido al casarse, pedir el divorcio, etc., el hombre, por su parte, puede permitirse ganar menos dinero que su pareja, compartir las tareas domésticas, ir de compras, pedir la baja por paternidad, cuidar de los hijos o respetar los deseos de su mujer sin sentirse avergonzado de ello. En cuanto a la esfera profesional, según la

autora, allí los hombres pueden hacer muestra de su emancipación tratando a sus compañeras de trabajo como iguales fijándose no en su aspecto físico, sino en sus cualidades morales y profesionales, evaluando sus capacidades objetivamente, teniéndolas en cuenta para ocupar cargos directivos, etc.

Los aspectos negativos de este proceso, para la mujer, claro está, serían la falta de seguridad y el aumento de la tensión en su vida (Páchkova 2009). La mujer ya no puede esperar de su marido que la proteja y la mantenga como antes ni tampoco puede culparle de todo, puesto que ella ya es libre de decidir, actuar y asumir responsabilidades. Si decide quedarse sola, no tendrá quien la cuide, la ayude y la apoye.

Se supone que todos estos cambios en la sociedad deberían verse reflejados también en la lengua, o sea, la lengua debería cambiar para satisfacer las necesidades lingüísticas de sus usuarios, pero ¿es así? No exactamente. Hablando del idioma búlgaro podríamos decir que este es un campo de batalla donde se enfrentan el machismo tradicional y la emancipación característica de la época moderna, y es el machismo el que sigue prevaleciendo en este combate.

Tras la incorporación de la mujer al mercado laboral, siguiendo las reglas del idioma búlgaro y la posibilidad que este ofrece de formar género femenino, han surgido palabras para designar a las profesionales femeninas en las esferas en las que estas han incursionado masivamente o se han consagrado rápidamente. Así tenemos *адвокатка* (abogada), *журналистка* (periodista), *касиерка* (cajera), *лекарка* (médica), *продавачка* (vendedora), *сервитьорка* (camarera), *учителка* (profesora), etc. En todas estas profesiones el número de mujeres se iguala más o menos al de los hombres, incluso, en algunos casos, puede llegar a superarlo. Por ejemplo, hoy en día las profesoras son muchísimo más que los profesores, ya que la profesión docente resulta cada vez menos atractiva para los hombres.

Si bien el hablante percibe como naturales los casos que acabamos de enumerar, no ocurre lo mismo con las denominaciones de cargos y títulos. Palabras como *министърка* (ministra), *министър-председателка/премиерка* (primera ministra), *президентка* (presidenta) o *доцентка* (docente) y *професорка* (catedrática) parecen poco serias, como si no solo expresaran falta de respeto, sino ridiculizaran a las féminas a las que se refieren. La única palabra de este tipo que se salva es *директорка* (directora) cuando se trata de la directora de una guardería o un colegio. Borislav Georgiev explica que esta excepción se debe a que “estos cargos son ocupados por mujeres desde hace décadas y se considera normal que sean ocupados precisamente por mujeres” (Georgiev 2012).

Georgiev (Georgiev 2012) expone también el peculiar caso de *медицинска сестра* (enfermera) que, en nuestra lengua, tiene únicamente género femenino. Según el estudioso búlgaro, este es uno de los dos casos cuando la profesión coincide con el cargo y existe solamente en género femenino (el segundo caso es el de *акушерка* (partera), pero de esta palabra hablaremos más adelante). Pero, ¿qué pasaría, si un hombre decidiera dedicarse a esta profesión? Obviamente no le llamaríamos *медицински брат*. ¿O, a lo mejor, se supone que el cuidado de los enfermos está reservado exclusivamente para las mujeres? ¿Será por razones biológicas, por el carácter de la mujer, por su papel tradicional en la sociedad, el de esposa y madre, que también supone cuidar de los demás, por ser más sensible, atenta y paciente? Podría ser, aunque, a decir verdad, hoy en día muchas mujeres se alejan de esta imagen. Sea como sea, los lingüistas búlgaros aún no se pronuncian al respecto.

Georgiev indica que la predominación del género masculino, cuando se trata de cargos y títulos, se debe al hecho de que “durante siglos el poder se ejerciera por hombres con algunas excepciones: el monarca de Gran Bretaña también puede ser una mujer, por lo que existen tanto *крал* (rey) como *кralица* (reina) (aunque *кralица* (reina) se utiliza también para referirse a la esposa del rey)...” (Georgiev 2012).

En los documentos oficiales el cargo aparece siempre en género masculino lo cual es normal y comprensible teniendo en cuenta que el miembro no marcado de la oposición masculino/femenino es precisamente el masculino, razón por la cual puede abarcar ambos géneros.

Borislav Georgiev expresa su convicción de que, si la administración del Estado decide hacer oficial el género femenino de los cargos, en un tiempo empezaremos a percibir como naturales casos como el de *канцлерката Ангела Меркел* (la canciller Angela Merkel) (Georgiev 2012).

Por su parte, hablando sobre el tema ante la Televisión Nacional de Bulgaria, Vladko Murdárov afirma que en la lengua búlgara “las palabras que designan profesiones, cargos, títulos, suelen ser de género masculino. O, para ser más concreto, decimos que son de género común, o sea, con una palabra así podemos referirnos tanto a un hombre como a una mujer” (cf. Chérneva 2012). Eso sí, cuando nos referimos a una persona concreta que se dedica a dicha profesión u ocupa dicho cargo, entonces, si esta persona es mujer, Murdárov recomienda el uso del género femenino. Sin embargo, el erudito recuerda que hay muchos sustantivos que suscitan dudas aduciendo el ejemplo de la actual vicepresidenta de Bulgaria, Margarita Popova, aconsejando llamarla *вицепрезидент* (vicepresidente), puesto que *вицепрезидентка* (vicepresidenta) no es lo suficientemente

contundente. El estudioso apunta también que el hablante a menudo cree que el género masculino expresa más respeto al cargo concreto, razón por la cual suele preferirlo al femenino (cf. Chérneva 2012).

Murdárov subraya que el uso de uno u otro género “de hecho depende del estilo, ya que el uso de sustantivos de género masculino es característico del llamado estilo administrativo. Mientras que, por otro lado, a medida que vamos acercándonos al habla coloquial, es más natural que utilicemos los sustantivos de género femenino” (cf. Chérneva 2012).

No hay que olvidar que hay profesiones que raras veces se practican por mujeres o tradicionalmente no se consideran femeninas, por lo cual sus denominaciones carecen de género femenino. Por ejemplo, *водопроводчик* (fontanero), *електротехник* (electricista), *зидар* (albañil), *мињор* (minero), *пожарникар* (bombero), *сањор* (zapador), *строител* (constructor), etc. O echemos una mirada al mundo del deporte. Nadie llamaría a Stanka Zláteva *боркиња* (luchadora) porque sería raro y hasta cierto punto podría considerarse un intento de subestimar o ridiculizar sus logros, mientras que resulta completamente natural decir que Stefka Kostadinova es *лекоатлетка* (atleta) o que María Petrova es *гимнастичка* (gimnasta). La razón de ello es que en nuestra sociedad es natural que el atletismo se practique tanto por hombres como por mujeres, y la gimnasia rítmica es considerada tradicionalmente un deporte femenino (aunque en el mundo se conocen casos de hombres que han intentado (sin pena ni gloria) practicarlo también), mientras que la lucha es vista como un deporte prioritariamente masculino, a pesar de la incursión de las mujeres en él. Sin embargo, sí existen palabras como *боксьорка* (boxeadora) o *щангистка* (levantadora de pesas), a pesar de que ambos deportes son considerados masculinos, pero en estos casos la presencia de las mujeres y sus éxitos han sido reconocidos por sus compañeros de trabajo y por la sociedad.

A Chavdar Tsólov le llaman la atención las dificultades que supone formar el género femenino de los extranjerismos que se han incorporado recientemente a nuestra lengua (Tsólov 2012). Y no sin razón. Siguiendo las reglas del idioma búlgaro, de *мениджър* (manejador, ejecutivo) podría formarse *мениджърка*, pero al hablante le cuesta aceptar la nueva palabra. Sin embargo, podemos aducir el ejemplo de un despropósito frecuente en el habla coloquial que contradice lo antedicho: para designar al hombre de negocios en búlgaro utilizamos el extranjerismo *бизнесмен* (empresario), y la mujer de negocios debería llamarse *бизнесдама* (empresaria). De hecho, esta es la palabra a la que recurren el habla formal y los medios de comunicación. No obstante, en el habla coloquial se suele escuchar el

absurdo *бизнесменка*: una variante completamente errónea, pero formada siguiendo a rajatabla las reglas de la lengua y ampliamente divulgada.

El gran problema, lo que hemos llamado masculinización de la lengua búlgara, surge cuando los políticos, los personajes públicos y, sobre todo, los medios de comunicación deciden despreciar el género femenino establecido por la gramática y calado en la conciencia del búlgaro, y sustituirlo artificialmente por el género masculino relegando el femenino al uso exclusivamente coloquial. Así, cada vez con más frecuencia, podemos leer o escuchar en las noticias frases como „Госпожа Петрова е учител по математика” (“La señora Petrova es profesor de matemáticas”), „Обърнахме се към дежурния лекар – д-р Георгиева...” (“Hemos acudido al médico de guardia, la doctora Georgíeva...”), „Свързахме се с Мария Стефанова, адвокат на подсъдимия” (“Hemos contactado con María Stéfanova, abogado del convicto”), etc. Un abuso sin sentido alguno, injustificado e innecesario. Por supuesto, a la mayoría de los búlgaros este uso les parece ajeno y por eso optan por el género femenino, pero este hecho no resta importancia al problema. Además, no hay que pasar por alto que semejante manipulación un día podría calar definitivamente en la conciencia del hablante. De hecho, ya estamos topando con pruebas de ello. Hace poco hicimos una pequeña encuesta entre mujeres, conocidas nuestras, que practican diferentes profesiones. A la pregunta “¿En qué trabajas?” todas contestaron utilizando el género masculino. Quisimos saber por qué. Las respuestas fueron desde “Es lo normativamente correcto” (¿será lo normativamente correcto o se trata de una manipulación de los medios?) hasta “En masculino suena mejor” o “El masculino da más prestigio”. Únicamente se salvó la palabra *сервитьорка* (camarera), ya que todas coincidieron en que a la camarera no se la puede llamar “camarero”, pero les pareció absolutamente natural llamar a la médica “médico”, a la profesora “profesor”, etc.

¿Cuáles son las causas de tal desafortunado fenómeno? Hemos detectado las siguientes:

1) La primera causa, en nuestra opinión, radica en la escuela. El número de las clases de búlgaro en la primaria se reduce cada vez más (en la secundaria esta asignatura prácticamente brilla por su ausencia), y el material raras veces es adecuado a la edad de los alumnos. Los profesores no disponen de tiempo suficiente para las explicaciones y los ejercicios necesarios para que los conocimientos adquiridos echen raíces en la conciencia del estudiante, y, como sabemos, el conocimiento no arraigado se esfuma en un abrir y cerrar de ojos y fácilmente puede llegar a ser sustituido por el anticonocimiento impuesto mediante la manipulación mediática.

2) Así llegamos a la segunda causa que, a nuestro juicio, es la nefasta influencia lingüística que ejercen los medios de comunicación sobre el público debido a que en ellos suelen trabajar un sinnúmero de personas de cultura lingüística (y no solamente lingüística) sumamente baja que, por un lado, desconocen por completo el uso correcto de la gramática y del léxico de su lengua materna y, por otro, a menudo recurren a los extranjerismos, sobre todo, a los provenientes del inglés, de los que se sirven para llegar a parecer más inteligentes y cultos a los ojos de los lectores y los espectadores. Es precisamente la influencia de las lenguas extranjeras –hoy en día, antes que nada, del inglés, pero, según Vladko Murdárov, también del ruso (cf. Chérneva 2012) – la que surte como resultado la preferencia por el género masculino: un uso poco natural, remilgado y completamente innecesario que no hace más que mutilar la lengua búlgara privándola de su riqueza, disminuyendo su belleza y restringiendo su expresividad. La imitación ciega sin muestras de individualidad es, indudablemente, perjudicial, pero cuando se trata de semejante imitación en la lengua, ya podemos hablar de un crimen lingüístico, quizás perpetrado sin premeditación, pero cuyo resultado sería una debacle lingüística inminente.

3) Teniendo en cuenta que son muchas las mujeres que prefieren decir „Работя като продавач” (“Trabajo como vendedor”), „По професия съм преводач” (“Soy traductor de profesión”) o „Аз съм авторът на идеята” (“Yo soy el autor de la idea”), quizás deberíamos buscar una tercera causa de la predominación del género masculino a nivel psicológico de la mujer. Podríamos suponer que en el primer caso, cuando la mujer dice “Trabajo como vendedor”, ella no está satisfecha con el puesto que ocupa, y el uso del masculino representa una manera de evadirse de la realidad y sentirse más importante y exitosa (“el masculino da más prestigio”, dijeron nuestras encuestadas), mientras que en el segundo y en el tercer caso la mujer puede que no esté segura de sus capacidades profesionales y el género masculino le proporcione mayor seguridad o bien intenta mostrarse más modesta y evitar presumir de su logro para no ser acusada de creída, soberbia o arrogante.

4) Una cuarta causa sería la negativa de parte de los hombres a reconocer el éxito de las mujeres en determinadas esferas profesionales por machismo o por miedo a la competencia que podrían representar para ellos. Esto explicaría por qué en búlgaro no existe género femenino de palabras como *ректор* (rector), *учен* (científico) o *хирург* (cirujano) (Páchkova 2009), si bien en Bulgaria el número de las mujeres de indudables capacidades profesionales que se dedican con éxito a la ciencia, no es nada

despreciable y aparecen cada vez más búlgaras que eligen dedicarse a la cirugía, aunque, a decir verdad, la mayoría lo hacen fuera del país.

Aquí cabe mencionar la diferencia entre las palabras *асистент* (asistente) y *асистентка* (asistenta). Mientras que la primera palabra puede tanto significar “ayudante, colaborador, auxiliar” como designar una posición académica, la segunda palabra se limita únicamente al significado de “ayudante, colaborador, auxiliar”, o sea, es sinónimo de “secretaria” (aunque en el habla coloquial se puede escuchar *асистентката на професор Павлов* (La asistenta del catedrático Pavlov) refiriéndose el hablante no a la secretaria del catedrático, sino a la persona de la que este es tutor y que se encarga de las clases prácticas, mientras él da las conferencias).

Otro caso interesante es el de *акушерка* (partera) y *акушер-гинеколог* (ginecólogo obstetra). Mientras que la primera palabra únicamente tiene género femenino porque a esta profesión se dedican exclusivamente mujeres, la segunda carece de este género, aunque es practicada por representantes de ambos sexos. Cabe señalar que la partera es una enfermera especializada en ginecología y obstetricia, mientras que el ginecólogo obstetra es médico. Podríamos suponer que la presencia de las mujeres en esta rama de la medicina aún no es reconocida por la sociedad. En cambio, sí es reconocida en la ginecología, puesto que existen tanto *гинеколог* (ginecólogo) como *гинеколожка* (ginecóloga).

Los casos que acabamos de mencionar, los de la asistenta y la partera, sin duda alguna, expresan cierto machismo relegando a la mujer a un segundo plano, al lugar de ayudante del hombre quien tiene más estudios y una calificación superior.

A propósito del abuso del género masculino, nos parece oportuno y divertido, ¿por qué no?, citar la anécdota que relata Chavdar Tsólov:

Беше отдавна. В първи клас. Първа любов.

Влюбих се в най-красивия си съученик. С дълга пепеляворуса коса, която сплиташе на плитка. С очи, събрали в себе си отблясъците на пъстроцветната дъждовна дъга.

Съученикът ми отговори на моите чувства. В смисъл, че имах право на целувки и по двете бузи, след като занеса тежката ѝ чанта до дома му.

До дома ѝ. Съученикът, с когото изживях сефте любовен романс до четвърти клас, когато я преместиха в друго училище, се казваше Веска.

(Fue hace mucho tiempo. Yo estaba en el primer grado. Mi primer amor.

Me enamoré de mi compañero de clase más guapo. Tenía el pelo largo de color rubio ceniza que solía trenzar. En sus ojos se reflejaban los brillos del arco iris multicolor.

Mi compañero de clase correspondió mis sentimientos. Quiero decir que yo tenía derecho de darle besos en las dos mejillas después de llevar su mochila pesada a su casa.

A la casa de ella. El compañero con el que tuve mi primer romance hasta el cuarto grado, cuando le cambiaron de colegio, se llamaba Veska) (Tsólov 2012).

Vladko Murdárov recalca que, teniendo en cuenta que el idioma búlgaro ofrece la posibilidad de formar género femenino,

deberíamos preservar lo que es característico del idioma... dar paso a la pura intuición lingüística utilizando las existentes formas de género femenino. De esta manera desaparecerá el amaneramiento y no seremos esclavos de formas de oficina creadas artificialmente, establecidas en nuestra habla sin crítica alguna, de modo, sobre todo, imitativo (cf. Chérneva 2012).

Quisiéramos subrayar “las existentes formas de género femenino” para aclarar que de ninguna manera se está exhortando a la creación artificial de formas nuevas, por lo cual nos parece completamente oportuno que el Estado se encargue de hacer oficial y obligatorio el uso del femenino siguiendo el ejemplo de algunos de los países latinoamericanos, pero sin llegar a los extremos a los que se llega allí.

Finalmente, añadiríamos que debemos respetar nuestra lengua materna, cuidar su belleza y su riqueza, insistir en su uso correcto, evitar los extranjerismos (hágase diferencia entre extranjerismo y préstamo) y destacar lo específico porque la lengua es una de nuestras herencias más preciadas, parte inherente de la identidad búlgara y base de la conciencia histórica y de la cultura, y es nuestro deber preservarla y transmitirla a las futuras generaciones para que perduren Bulgaria y lo búlgaro. Esta es una misión conjunta de los búlgaros comunes y corrientes, el sistema educativo, los científicos, los intelectuales, los artistas, los políticos, los medios de comunicación y de la sociedad en general. Y en esta misión nadie queda exento de responsabilidad.

BIBLIOGRAFÍA

Chérneva 2012: Чернева, М. Проф. Мурдаров за употребата на мъжки и женски род. 12 de marzo, 2012. 14 de agosto, 2014 <http://bolgari.net/prof__murdarov_za_upotrebata_na_myzhki_i_zhenski_rod-h-587.html>.

- Georgiev 2012:** Георгиев, Б. *Мъжкият и женският род при съществителни за професии и длъжности*. 12 de marzo, 2012. 11 de agosto, 2014 <<http://sophijski.wordpress.com/2012/03/12/gender2/>>.
- Páchkova 2009:** Пачкова, П. *Езикът като отражение на дискриминацията и основание за дискриминация*. 16 de marzo, 2009. 9 de agosto, 2014 <<http://bulgaria.indymedia.org/article/34888>>.
- Tsólov 2012:** Цолов, Ч. *Да овардим женския род!* 5 de octubre, 2012. 15 de agosto, 2014 <<http://www.banker.bg/?Channel=3&Issue=40&Category=77&Article=469043>>.